

Mayo 30
1925

**NOS ES IMPOSIBLE
PUBLICAR UNO DE
NUESTROS ACOS-
TUMBRADOS EDI-
TORIALES**

...

**UN CENTENARIO
INOPORTUNO**

Los devotos de Sagasta, que ahora quieren conmemorar su centenario, son gente muy concienzuda. Han empezado por sacar la fe de bautismo del finado. Y cuando nosotros, tras mucho consultar biografías—pero, desde luego, no el Larousse—, afirmamos que Sagasta nació en 1827, un periódico, "El Liberal", transcribe íntegra la partida que consta al folio 134 de un cierto libro de una cierta parroquia de Torrecilla de Cameros. Confesamos, pues, que Sagasta tendría ahora cien años menos un mes y pico, no noventa y ocho sin cumplir, como habíamos asegurado. La diferencia no importa. Parece que los cien años justos poseen una virtud mágica de consagrar y purificar a los muertos de que carecen los noventa y ocho, los noventa y nueve. Pero, ¿es éste el caso de Sagasta?

Nuestro siglo ha instaurado la costumbre de los centenarios, de los semicentenarios y hasta de los cuartos de centenario. Francia es el pueblo que más se distingue en esta veneración. El tûmulo no se desarma y día tras día conmemora una fecha del siglo pasado. Tal vez le ahora, tal vez se encuentra con un enorme número de vacantes en el escalafón de "grandes hombres", que no puede proveer. De todas suertes, sabe escoger y no honra sino a sus glorias más puras. Si fuésemos a ver cuáles son los conmemorados en tanta variedad de aniversarios, nos encontraríamos con hombres cuya obra todavía fructifica, como dotada de inagotable fecundidad, de manera que nuestro siglo sigue viéndolo de ella. A veces, la doctrina ya ha sido derruida por un progreso posterior, mas el impulso fué tan potente y creador que sacó una ciencia de la nada. Por el camino abierto, marcha el hombre adelante.

A hombres semejantes ofrecíamos de buena gana todos los centenarios posibles. Tal vez rebuscando por los libros parroquiales—ya no nos fiamos de las biografías—encontrásemos españoles de esa clase a quien rendir este culto ritual. Lo que juzgamos inadmisibles es que, puestos a hacer centenarios, olvidemos tantos nombres venerables para resucitar momentáneamente, a D. Práxedes Mateo Sagasta. Puede explicarse que los ex presidentes liberales del Consejo y de las Cámaras traten de rendirle honores; Sagasta fué su maestro y modelo, y quién sabe si alguno le superó. Pero es inconcebible que gente nueva haya pen-

sado un solo momento en volver los ojos hacia semejante político ni aun en concepto de símbolo. Creíamos que el lema había de ser en lo sucesivo: ningún paso hacia atrás. No se divisa—cierto es—en el horizonte ninguna posible figura política de primera magnitud, pero esa no es razón para que en vez de guiarnos una ardiente aspiración de porvenir comencemos a retroceder glorificando la miseria pretérita, redimiendo las culpas de todos los hombres funestos.

¿De qué puede Sagasta ser símbolo? Fué uno de los hombres de 1868, pero no simboliza como Prim aquel suceso histórico, brillante y efímero, sino los años largos y grises del período de la Regencia. Es el hombre del pacto de El Pardo, desfigurador y falseador de la obra liberal, en parte implantada por él a impulsos de la fuerte corriente de opinión que la demandaba. Maestro en gramática parda, tupé colosal. Su simiente ha seguido fructificando mucho tiempo después de su muerte; tal vez no se ha esterilizado todavía. El es una de las causas. La historia ha sumado su política y puesto bajo la raya esta cifra: 1898; y luego ha continuado la adición y escrito otra: 1923. Es la encarnación de la "vieja política"; todos los viejos que en ésta nos ha tocado ver, estaban ya contenidos en la suya, en acto y cabales, o en potencia e incipientes. Y es en estos precisos momentos, la figura simbólica del pasado que se quiere proyectar sobre el futuro. Dejemos a los ex presidentes liberales que, en su decrepitud política, se reúnan alrededor de este viejo retrato de la época de su juventud; es natural que no se les ocurra ya ninguna cosa nueva. El anciano no sólo no piensa en cosas nuevas si-

no que, alejado del hoy, se entretiene en pasar y repasar las memorias del ayer más remoto. Pero no creemos que ésta sea la actitud debida en los españoles ávidos de una patria mejor. Esa blandura que muchos demuestran al seguir a cualquiera, a olvidar, a aceptar cualquiera simbolización no es síntoma favorable; más significa falta o desmayo de ánimo, descomposición espiritual, que la voluntad firme y la conciencia intransigente que llevan a la victoria.

Ed. del. Mayo 20/25.